

EL PROYECTO ALEMÁN-LOMBARDO: LA MODERNIZACIÓN EQUÍVOCA DE LA POSGUERRA

Luis BERNAL TAVARES*

Introducción

Desde el momento mismo de nuestra génesis como nación, hemos enfrentado un dilema permanente: ¿cómo acceder a la modernidad? Podríamos decir que éste es un dilema ontológico, puesto que la construcción histórica que es México, sobra decirlo, proviene de un choque de civilizaciones. El arraigo y el desarrollo de las culturas mesoamericanas y el carácter de cruzada religiosa que invistió a la Conquista son las causas generales que dieron origen a nuestro ser histórico. Es decir, nacimos como la pretendida unión de dos cosmovisiones diferentes. Esto que, además de muy sabido y estudiado, pareciera no tener que ver con el tema que trataré a continuación, lo expongo como punto de partida para tener presente que ese dilema original ha trascendido y sigue trascendiendo nuestra historia.

La etapa a la que me referiré en este artículo, que es la de la década del cuarenta de este siglo, es un momento de la historia nacional en el que este dilema entre modernidad y tradición surge nuevamente y en el que una decisión, quizá de coyuntura, define un proyecto nacional del que aún vivimos las consecuencias. La hipótesis central en la que me baso se fundamenta en el hecho de que, a partir de la Conquista, el choque entre modernidad y tradición ha permeado nuestras más agitadas luchas históricas y, especialmente, que el periodo de la Colonia es aquél en el cual se conformaron las más esenciales características de nuestro ser nacional. A partir de ahí, los proyectos modernizadores como las reformas borbónicas en el siglo XVII, el de los liberales del XIX y el de la Revolución en los inicios de este siglo han tenido que desafiar una realidad nacional encadenada a una tradición que tiene sus principales raíces en el México colonial. De manera global, y consciente del riesgo de caer en generalizaciones, podría decir que los grandes errores cometidos por quienes instrumentaron esos proyectos de

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

modernización se debieron en gran parte a no tomar en cuenta a ese “México esencial” que se cimentó en los siglos virreinales: los borbones, simplemente trasladando los conceptos de la Ilustración despótica surgidos en las metrópolis europeas a nuestra realidad americana; los liberales del XIX, implantando sin más su programa legalista y queriendo pasar por alto a un México que estaba ahí, aunque les incomodara su presencia; el porfirismo y sus intelectuales, viendo al “México indígena” como un lastre con el que había que cargar, y la Revolución Mexicana, que tuvo el gran mérito de rescatarlo, apeló a un indigenismo antihispanista que volvió a intentar prescindir del México más largo cronológicamente hablando, el de la Colonia.

Estos impulsos modernizadores siempre fueron proyectos de elite que se intentaron imponer por la fuerza a una realidad que la mayoría de las veces se resistió con empecinamiento a la aplicación de esquemas preconcebidos. Hay quien piensa que la tragedia de nuestra nación ha sido esa terca obsesión por modernizarla a contracorriente; hay quien piensa, por el contrario, que esas reformas modernizadoras han sido las que han empujado históricamente al país y que sin ellas estaríamos mucho peor, o simplemente no estaríamos. Como en todo, ninguno de los extremos, creo yo, refleja la realidad, sino que hay parte de verdad en ambas posiciones. Pienso que, en gran medida, esos intentos modernizadores han sido históricamente necesarios, pero que el conflicto ha surgido más bien en la forma como éstos se han pretendido implantar, es decir, en que se han querido aplicar más como verdades reveladas que como verdades consensadas. Creo que ahí ha estado gran parte del problema, y los sucesos que a continuación se relatarán, es decir, la circunstancia de la modernización industrialista de la posguerra que el alemanismo encabezó en nuestro país, es un claro ejemplo de ello.

La idea de la revolución en la revolución

A partir, sobre todo, del régimen cardenista, el Estado mexicano le empezó a dar un rostro definido a la Revolución, una imagen acerca de lo que este movimiento había significado. Esta imagen era la de una revolución agraria que se había revelado ante la injusticia social y la hegemonía que terratenientes y empresarios extranjeros tenían sobre la economía del país. El énfasis se hacía entonces, desde luego, en lo agrario y en lo nacionalista. Al no ser la Revolución un movimiento sustentado en una doctrina política dogmática o rígida, se empezó a conformar una especie de ideología que pudieran enarbolar los gobier-

nos de la postrevolución. Esta ideología sería la del “nacionalismo revolucionario”. Sin embargo, esta visión oficial de la Revolución sufrió a su vez revisiones y cambios en el mismo interior del grupo en el poder. En ello influyeron circunstancias internas, pero también, de manera importante, factores externos.

La concepción cardenista de la Revolución parecía haber ganado la partida, hasta que, en 1946, llegó al poder un civil, abogado y joven político que ya no había participado directamente en la lucha armada: Miguel Alemán. Con la toma del poder por él y su equipo de universitarios, la concepción de la Revolución sufrió una transformación en la que se quitó el énfasis en lo agrario. La concepción cardenista de la Revolución, a su vez, le había quitado énfasis al aspecto democrático del movimiento revolucionario. El alemanismo intenta restituirse, principalmente, por la circunstancia internacional del fin de la Segunda Guerra Mundial, en la que México había participado como aliado de los defensores de la democracia. A consecuencia de ello y con motivo de las elecciones presidenciales de 1946, el gobierno al fin se decidiría a reformar la arcaica ley electoral que aún regía en el país; realizaría una profunda reforma del Partido de la Revolución Mexicana que terminaría por convertirlo en el Partido Revolucionario Institucional, y haría todo lo posible porque esas elecciones presidenciales fueran lo más claras posibles y no se prestaran a dudas, protestas y violencias como había sucedido con las anteriores. Todo ello nos revela, primeramente, que la Revolución Mexicana, como ya ha sido bien comprobado por la última historiografía, fue en realidad un movimiento complejo y multifacético, lo que dificulta englobarlo como un todo homogéneo. En sí es un proceso que abarca una lucha en la que se da énfasis a diferentes aspectos que dependen de las distintas etapas y regiones, y donde la hegemonía de diversas facciones impide dar una ruta lineal o definida al proceso mismo. De ahí que los gobiernos postrevolucionarios pudieran retomar distintos aspectos de la Revolución según les conviniera, en función de las circunstancias.

Si somos respetuosos de los hechos, tenemos que reconocer que el estallido revolucionario no se dio por un problema agrario, sino por un conflicto político electoral. La rebelión maderista que encendió el movimiento no tenía como origen el problema de la concentración de la tierra, y no podía tenerlo porque la misma familia Madero era un ejemplo de esa concentración de grandes propiedades agrarias. El problema agrario fue un aspecto más de la Revolución, uno de sus combustibles principales; pero, aun tomando en cuenta la obra de Alan Knight,¹ la última historiografía sobre el tema parece confirmar que los movimientos agraristas fueron focalizados y no extendidos en todo el

país. El zapatismo, de gran carga simbólica en el movimiento revolucionario, geográficamente tuvo poca influencia, y su trascendencia sólo sería mayor cuando gobiernos posteriores como el cardenista dieron relevancia al problema agrario.

La circunstancia política del país hizo que el sexenio cardenista consolidara el régimen revolucionario y le diera sus características casi definitivas a lo que es el sistema político mexicano hasta la actualidad. Por otra parte, este sexenio es considerado también por muchos como la última etapa verdaderamente revolucionaria. Pero el mismo gobierno cardenista puede dividirse en tres etapas diferentes que reflejan la dificultad de mantener un solo enfoque acerca de lo que debía ser la Revolución. En la primera etapa (1934-1935), Lázaro Cárdenas y su grupo acometieron el reto de desintegrar la hegemonía del Jefe Máximo y de todo callismo dentro del gobierno. En la segunda (1936-1938) emprendería su ambicioso plan de reformas sociales que lograrían hacer que su gobierno se considerara hasta la fecha como el último que realmente se preocupó por la pobreza y la marginación, especialmente campesinas. Y en la tercera (1939-1940) tendría más bien que atemperar y moderar las consecuencias de sus reformas para no perder la estabilidad política del país, y evitar que se desintegrara políticamente el grupo en el poder.

Así, la decisión de escoger al general Manuel Ávila Camacho como su sucesor respondió a las necesidades de esa última etapa de su gobierno, o sea, evitar que se perdiera lo ganado en cuanto a reformas sociales, pero ya no profundizar en ellas, sino más bien atenuar la reacción de los grupos conservadores del país, mostrando que el siguiente gobierno asumiría una postura menos radical. Lo interesante de esto es que Cárdenas tuvo que frenar su “programa revolucionario” no sólo por la oposición que provocó en los grupos más conservadores de la sociedad mexicana, sino también por la oposición que éste tuvo dentro del mismo grupo de revolucionarios. Con esto quiero mostrar que, desde el mismo inicio de los gobiernos de la postrevolución, existieron diversas corrientes que tenían una visión diferente de lo que había significado dicho movimiento y de lo que debería surgir a partir de éste. La prueba clara de ello fue la postulación a la presidencia de la república del general Juan Andrew Almazán, quien había tenido un papel destacado durante la lucha armada y que posteriormente había

¹ Según distintos críticos, la obra de Alan Knight refuerza la tesis de que la Revolución Mexicana fue una revolución agrarista. Sin embargo, de acuerdo con Hans Werner Tobler y otros historiadores, pienso que, si bien Knight tiene el mérito de demostrar cómo el campesinado sí fue movilizado en diversas zonas del país —no sólo en Morelos—, no llega a justificar el que se considere a la Revolución en lo general como un movimiento agrarista.

venido desempeñando importantes cargos militares y gubernamentales. Este personaje logró aglutinar alrededor de su candidatura a los sectores conservadores, tanto de la sociedad en general como también del grupo revolucionario. Dentro del mismo grupo de ameritados revolucionarios que veían las reformas cardenistas como una amenaza estaban el general Joaquín Amaro y el general Saturnino Cedillo; el primero hizo fracasados intentos por postularse a la presidencia y el segundo optaría por la rebelión armada. A grandes rasgos podríamos englobar las diferencias ideológicas y de concepción misma de la Revolución existentes dentro del grupo gobernante con la siempre recurrida distinción de izquierdas y derechas. Al final del periodo cardenista esta clasificación era útil para reflejar esos disensos. Mas para una verdadera comprensión de la situación es necesario analizar quiénes estaban de cada lado.

Del lado derecho estaban los todavía leales y trasnochados seguidores de Plutarco Elías Calles, los muchos generales y políticos antiagraristas, los miembros de la clase gobernante que ya deseaban lucrar con los resultados de la Revolución haciendo negocios y fundando empresas, los que de buena fe pedían paz y estabilidad en el país para impulsar el desarrollo económico, los que creían que primero había que crear la riqueza para después poder repartirla, los agraviados por la persecución religiosa, los identificados con intereses extranjeros, tanto prohispanistas como pronorteamericanos. Del lado izquierdo estaban los agraristas, proindigenistas, nacionalistas radicales, anticlericales, preocupados por una inmediata atención al problema de la justicia social y más interesados en la repartición que en la creación de la riqueza en el país. Como en todos los esquemas, esta división no debe entenderse rígidamente más que para simples propósitos explicativos, puesto que en la realidad se daban casos más flexibles y con variedad de matices. No obstante, esta división entre la izquierda y la derecha oficiales se mantendría básicamente así en los años siguientes.

La izquierda oficial, a su vez, tuvo divisiones, bifurcándose en dos corrientes al final del sexenio de Cárdenas. Podríamos designarlas como las corrientes mugiquista y lombardista. La radicalización de los mugiquistas y la situación ya mencionada del final del régimen cardenista hizo que éstos perdieran su influencia cuando el general Francisco J. Múgica fue derrotado en la lucha por la candidatura presidencial. Así, la línea lombardista que apoyaba a Ávila Camacho fue la que triunfó. Vicente Lombardo Toledano, como líder del movimiento obrero, enarboló entonces una izquierda de corte cardenista, más moderada, que tomaba muy en cuenta las circunstancias internacionales de la guerra y la prioridad de la lucha contra el fascismo. Con ese apoyo el gobierno

avilacamachista pudo desarrollarse como un mediador entre la izquierda y la derecha oficiales, tratando de conciliar intereses de ambas. La verdad es que logró bien su cometido, a tal grado que la diferenciación de ambas corrientes se fue diluyendo al final de su mandato. Con ello, el gobierno de “unidad nacional” que llevó a cabo el último presidente militar también fue de labor política por la unidad revolucionaria.

Otras escisiones en la izquierda oficial se dieron durante el régimen avilacamachista, como la de Narciso Bassols y Víctor Manuel Villaseñor, quienes se separaron de Lombardo al ver, según ellos, su progresiva “derechización”.² A partir de entonces, Lombardo parecía haber logrado su supremacía como el portavoz ideológico del partido de la Revolución; él sabría cómo y cuándo irse a la izquierda y cuándo regresar al centro. Pero la sucesión presidencial de 1945 fue motivo para que una vez más resurgiera la lucha entre la izquierda y la derecha oficiales, que en realidad era una nueva versión de la eterna lucha entre tradición y modernidad que ha permanecido latente en nuestra historia.

La candidatura presidencial de Miguel Alemán: un parto de alto riesgo

El año de 1945 fue un año particularmente importante, pues durante él, como ya lo mencioné con anterioridad, acontecerían hechos que iban a repercutir por mucho tiempo en el desarrollo del país. En el contexto internacional fue éste el año en el que se definió el triunfo de los Aliados frente a los países del Eje, cuestión que iba a cambiar la correlación mundial de fuerzas, tanto políticas como económicas. En el ámbito nacional, es el año en el que se dará la transición hacia gobiernos encabezados por civiles y ya no por militares, pero al mismo tiempo será la transición de un concepto de revolución enarbolado por la clase gobernante a otro. La etapa de conciliación que representó el gobierno de Ávila Camacho logró en gran parte sus objetivos por la misma situación internacional de conflicto que obligaba a unir fuerzas ante un peligro superior. Sin embargo, con el fin de la guerra, dentro del país las fuerzas políticas volvieron a esparcirse, puesto que las definiciones políticas e ideológicas que por un momento se habían hecho a un lado en nombre de la unidad nacional ahora resurgían. Si a esto agregamos que, por las mismas épocas, el calendario político señalaba los inicios del futurismo en la sucesión presiden-

² Semanario *Combate*, enero 29 de 1941.

cial, entenderemos claramente por qué esta época tendría que ser de audaces definiciones. A Manuel Ávila Camacho le tocaría decidir gran parte de los desafíos que se le presentaban entonces a la política nacional. Tuvo él como gran mérito el mantener siempre la firme convicción de que el país tenía que entrar a una etapa civilista y el intentar siempre la vía conciliadora y pacífica para resolver las diferencias surgidas entre los grupos que se disputaban el poder.

En el contexto internacional surgieron acontecimientos que influirían a la política nacional; la muerte del presidente Franklin Delano Roosevelt, en abril de 1945, marcó el fin de una etapa en la que la lucha contra el fascismo había sido una prioridad que logró unir los intereses de los Estados Unidos y de la Unión Soviética transitoriamente. Después de la conferencia de Yalta, en donde se establecieron los acuerdos sobre la derrota de Alemania y el futuro de Europa y Asia, las diferencias entre EUA y la URSS comenzaron a surgir, coincidiendo esto con el debilitamiento de la salud del presidente Roosevelt. Por tanto, en esa “cumbre” existió poca resistencia ante las pretensiones expansionistas soviéticas, en lo que tuvo mucho que ver también el hecho de que los norteamericanos no querían continuar ya la costosa movilización de sus ejércitos y el que la sociedad de ese país no estuviera ya dispuesta a aceptar más jóvenes muertos y alejados de sus hogares. La posición conciliadora de Roosevelt hacía Stalin tenía que ver también con que Japón aún no se rendía y los EUA esperaban la colaboración de los soviéticos para culminar la guerra en Asia. Poco tiempo después de esta reunión fallecía el presidente Roosevelt y era sustituido por Harry S. Truman, hasta entonces vicepresidente, quien se vio obligado a enfrentar las consecuencias políticas y económicas del fin de la guerra.

La llegada de Truman a la presidencia marcó un giro completo de la actitud norteamericana hacia la URSS. Había razones para ello; Truman llega al poder cuando Estados Unidos y la Unión Soviética están en plenos tratos sobre los territorios de Europa y se encuentra con que los soviéticos están violando los acuerdos tomados al tratar de imponer gobiernos comunistas en la zona, empezando con Austria y Polonia. Estos acontecimientos alarman bastante a Truman y éste acuerda con su secretario de Estado, Richard Stettinius, tomar medidas más rígidas. Truman ve que no hay otra opción más que la firmeza para frenar a Stalin y así inaugura el discurso y el ambiente violento del anticomunismo, que unos años después encontraría su manifestación más demencial con la aparición del “macartismo”. Así, el recién llegado presidente se convertiría —instigado también, en lo interno, por los republicanos en el Congreso y los militares en el Pentágono— en un

símbolo de la resistencia a las ambiciones soviéticas.

Se logra detener a Stalin en Austria pero no en Polonia, donde éste manda a encarcelar a los miembros de todos los partidos que no fueran el Comunista, e impone un gobierno prosoviético. A partir de estos sucesos se iba a ver claramente que la alianza circunstancial entre Estados Unidos y la URSS no podría sobrevivir a la victoria de las dos potencias. A raíz de ésta, la magnitud de sus fuerzas y la incompatibilidad de sus intereses harían inevitable su enfrentamiento, que influiría profundamente en la relación de fuerzas y alineamientos en todas las regiones del planeta, y que comúnmente se conoce como la era de la “guerra fría”.³

En lo que respecta a México, a principios de 1945, el ambiente político empieza a impregnarse ya inevitablemente por las ansias futuristas. Desde su mensaje de año nuevo, el presidente Ávila Camacho pide y advierte “no desatar el futurismo ni externo ni subterráneo”.⁴ También por esos días se anuncia que se hará una reforma en el PRM y se asegura que los afanes futuristas deberán contenerse hasta después de la reforma del partido. Se siente, además, la preocupación sobre cuáles serán los problemas que traerá para el país la posguerra, y en la prensa y en los medios políticos se empieza a manejar con insistencia la conveniencia de que el país entre ya a una etapa civilista, como se estaba viendo en otras naciones democráticas.⁵ Ante el llamado del presidente, el PRM y la Comisión Permanente del Congreso se comprometen a no hacer futurismo⁶ y, en la opinión pública, surgen pronunciamientos de apoyo al presidente Ávila Camacho.

No obstante, los ánimos futuristas no pueden detenerse y en la prensa se empiezan a sentir los golpes, a veces velados y a veces abiertos, hacia los posibles candidatos. En enero de 1945 surge un conflicto en el que un grupo de diputados identificados como miembros de la izquierda de la Cámara —que entonces ya era minoritaria— resultan acusados de traficar con las tarjetas que se daban como permiso para los trabajadores que querían emigrar a los Estados Unidos. Estas tarjetas, aunque las expedía la Secretaría del Trabajo, se les otorgaban a gobernadores y diputados para que colaboraran en su distribución. La Secretaría del Trabajo acusaba a los diputados Carlos Madrazo, del sector popular; Sacramento Joffre, del sector campesino, y Pedro Téllez Vargas, del sector obrero, de falsificar y vender estos permisos.⁷ Era

³ En relación con la situación internacional en la que surge la “guerra fría”, se consultó a André Fontaine, *Historia de la Guerra Fría*, y Hugh Thomas, *Paz armada*.

⁴ *Excelsior*, enero 2 de 1945.

⁵ *Ibidem*, enero 1-7 de 1945.

⁶ *Ibidem*, enero 4 de 1945.

evidente que esta acusación tenía un fondo político y para muchos era claro que el secretario de Gobernación, Miguel Alemán, estaba detrás de esto. El hecho se podía interpretar como una maniobra más de Alemán para debilitar a la izquierda oficial, pero había más que eso. Se sabía que dentro del grupo de diputados miembros del supuesto sector izquierdista de la Cámara figuraban algunos que habían establecido fuertes nexos políticos con el entonces regente de la ciudad, Javier Rojo Gómez, quien era un fuerte aspirante a la presidencia. También en los primeros meses del año 1945 se nota en la prensa una tendencia de ataques al entonces secretario de Relaciones Exteriores, Ezequiel Padilla, por llevar una política de supeditación a los intereses norteamericanos. El canciller los refutaba diciendo que no le importaba la impopularidad que su actuación podía traerle, pues él estaba seguro de defender los intereses de México y de llevar una política exterior autónoma bajo las líneas que le había marcado el presidente Ávila Camacho.⁸ El secretario Padilla no estaba realmente en condiciones de poder defender y rescatar su imagen pública, pues sus continuos viajes, en esos momentos de gran actividad diplomática —como eran las constantes reuniones y conferencias internacionales que traía consigo el inminente fin de la guerra, principalmente la ya anunciada creación de la ONU—, le impedían establecer nexos y mecanismos políticos que le fueran preparando el terreno en vista de la sucesión presidencial.

Por otra parte, los prolegómenos de la “guerra fría” se empezaban a sentir a su vez en México. También en los primeros meses del año se nota en la prensa “liberal”⁹ una tendencia a prevenir constantemente contra la intromisión soviética en nuestro país y en América Latina en general. Se hablaba de un embate político-diplomático por parte de la URSS hacia América Latina, y se acusaba al embajador Oumansky, representante soviético en México, de encabezarlo con la ayuda de Vicente Lombardo Toledano; y se temía que este tipo de intromisiones pudiera llevar a una tercera guerra mundial.¹⁰ Se publicaban ataques a Lombardo —entonces líder de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL)— en algunos países latinoamericanos, como en Colombia, donde lo interrumpen y lo acusan de “comunista y anticatólico” en una asamblea; y se citaba un editorial de un periódico colombiano que decía: “¿Van a seguir permitiendo los gobiernos de América Latina que haya en México una entidad supranacional que decide los destinos políticos de otras naciones y que prepara a la som-

⁷ *Ibidem*, enero 7 de 1945.

⁸ *Ibidem*, enero 8 de 1945.

⁹ Por prensa “liberal” se consideraba entonces a *El Universal* y el *Excelsior*.

bra la revolución y la dictadura del proletariado?";¹¹ esto evidentemente refiriéndose a la CTAL.

Todos estos ataques y este ambiente creado acaban beneficiando la indeterminación y el retraimiento de Miguel Alemán, que se caracterizó por no dar muestras de ninguna definición ideológica y por no exponerse públicamente. Lombardo, por su parte, por atender los problemas que comenzaban a acarrearle los albores de la "guerra fría" en Latinoamérica, en su calidad de líder de la CTAL, se olvida de algún modo de la CTM y de la política interna en momentos de plena lucha futurista, asumiendo así Fidel Velázquez, aún más, el manejo político de esa central obrera.

Con la situación tensa y difusa en cuanto a las pretensiones presidenciales, se percibe, no obstante, hasta febrero, que Javier Rojo Gómez, Ezequiel Padilla y Miguel Alemán eran los hombres que tenían más posibilidades de lograr la candidatura del PRM. Principalmente, por la corriente que se sentía en los ambientes políticos y en la opinión pública de instaurar el civilismo en nuestro país, y por ser hombres con respetables antecedentes políticos y muy cercanos al presidente de la república.

Javier Rojo Gómez era oriundo del estado de Hidalgo y de extracción campesina, pues sus padres habían sido trabajadores en una hacienda. Por esfuerzo propio se educó y logró llegar a la preparatoria y a la Universidad Nacional, donde consiguió el título de abogado; había sido secretario general de gobierno de su estado, diputado local, diputado federal y juez de distrito en el Distrito Federal. Hombre de convicciones agraristas, logra gran identificación con el general Cárdenas, con quien participa en su campaña presidencial. Es miembro fundador de la CNC y, en 1936, es postulado candidato del PRM a la gubernatura de Hidalgo, cargo que desempeña hasta 1940, cuando el presidente Ávila Camacho lo llama para encargarle la jefatura del Departamento del Distrito Federal.¹² Sus ideas progresistas, su agrarismo y su vinculación con Maximino Ávila Camacho, hermano del presidente, fueron factores que seguramente se interpusieron para que consiguiera la postulación del partido oficial.

Ezequiel Padilla era un hombre con largos y variados antecedentes políticos, cuestión que, en este caso, no fue algo beneficioso para él. Era también abogado, había sido más de una vez diputado de filiación callista y senador; fue procurador general de la república, tocándole enfrentar el caso del asesinato de Álvaro Obregón. Famoso por su bue-

¹⁰ *Excelsior*, enero 10 de 1945.

¹¹ *Ibidem*, enero 14 de 1945.

na oratoria y cultura, fue también secretario de Educación y embajador en algunos países. Era miembro del grupo de senadores que empiezan a “candidear” a Ávila Camacho al final del periodo de Cárdenas y, cuando el general poblano toma posesión de la presidencia, lo nombra secretario de Relaciones Exteriores, teniéndose que encargar de la política exterior del país en los trascendentales años de la Gran Guerra. Había sido, de joven, partidario de Francisco León de la Barra, en oposición a Madero, y fue becado por el gobierno de Victoriano Huerta para ir a estudiar a Europa.¹³ Por otro lado, su cercanía con el callismo le había dejado una fuerte imagen anticlerical, más aún cuando él fue el fiscal del caso de León Toral, y esta circunstancia en momentos, como hemos visto, de limar asperezas con los grupos católicos, no le favorecía en nada. Además, su actuación como canciller lo había expuesto mucho públicamente, sobre todo por su diplomacia de acercamiento a los Estados Unidos y sus tesis de fomentar el panamericanismo, que olía más bien a norteamericanismo. Padilla, quizá erróneamente, intenta valerse de esta relación cercana con los norteamericanos para presionar en la carrera presidencial. Esto se vio claro cuando, en plena lucha futurista, organiza una Conferencia de Cancilleres Americanos, apoyada con entusiasmo por el secretario de Estado de Estados Unidos, Richard Stettinius, quien anunciaba venir con una numerosa delegación.¹⁴

A mediados de 1944, el presidente Ávila Camacho estaba convencido de que Alemán era el hombre indicado para sustituirlo, pero su convicción de instaurar el civilismo en el gobierno era una postura que, se notaba, tenía ya desde mucho antes. Por tanto, en su evaluación para escoger a su sucesor no entraron militares, aunque con una sola excepción, que era el general Francisco Castillo Nájera, entonces embajador en los Estados Unidos, que había desempeñado en ese puesto un papel muy destacado durante la guerra y a quien el presidente tenía una especial consideración. Dentro de los civiles llegó a tomar en cuenta seriamente a Rojo Gómez y al entonces secretario de Hacienda, Eduardo Suárez, a quien admiraba profundamente por su talento y su cultura, y era el colaborador al que personalmente respetaba más;¹⁵ pero éste también había sido secretario de Hacienda con Cárdenas, de quien era muy cercano, y si finalmente se inclinó por Alemán fue, en mucho, porque lo veía como un hombre leal hacia él, y esto era cierto. Desde que optó por Alemán, la cuestión sería ir limpiando los posibles

¹² Javier Rojo Gómez, en Serie Semblanzas y Perfiles Ideológicos de la Revolución Mexicana, publicada por el PRI.

¹³ Gonzalo N. Santos, *Memorias*, p. 838.

¹⁴ *El Universal*, enero 14 de 1945.

obstáculos a su candidatura. A partir de la muerte de Maximino Ávila Camacho, en marzo de 1945, se hace ya evidente que el secretario de Gobernación es el hombre más enfilado para lograr la nominación de su partido, ya que Maximino había tenido fuertes diferencias con Alemán y su grupo, y había amenazado abiertamente con hacer todo lo posible por evitar la postulación del veracruzano. Su repentina muerte, nunca debidamente aclarada, aparentemente por un mal cardíaco, deja el camino libre al alemanismo y al mismo presidente de la república para lanzar la candidatura de Miguel Alemán. Esto se haría más notorio al iniciarse un alud de adhesiones públicas en favor del secretario de Gobernación; sin embargo, surgirían problemas.

La muerte del presidente Roosevelt en abril de ese año, como hemos visto, desató en el gobierno norteamericano una política anticomunista que afectaría también sus relaciones con América Latina. El gobierno mexicano lo sentía así y se percibe esa preocupación en los informes que manda la Embajada de México en Washington, en los que hace notar la actitud conservadora del Senado y de la prensa de aquel país, y explica los cambios internos que se empiezan a dar en el Departamento de Estado, donde se nombra a funcionarios más afines políticamente al Partido Republicano. Lo anterior, pese a que el embajador Castillo Nájera informa también al presidente Ávila Camacho que, al conversar con el presidente Truman, después de su toma de posesión, éste le aseguró que su relación con México no cambiaría y que seguiría en los buenos términos en que la había mantenido Roosevelt hasta ese momento.¹⁶ Sin embargo, el embajador de Estados Unidos en México, George Messersmith, informa por esas fechas al Departamento de Estado la conveniencia de que Ezequiel Padilla fuera el hombre que llegara a la presidencia, en cuanto a los intereses de Estados Unidos;¹⁷ y, más aún, el secretario de Estado, Richard Stettinius, manda una carta al presidente Ávila Camacho en la que recomendaba “en forma descarada” al canciller mexicano para que fuera el próximo presidente de México.¹⁸ Estas circunstancias orillaron al presidente Ávila Camacho a acelerar la resolución de la cuestión presidencial, para no dar tiempo a que los norteamericanos intervinieran en ella.

Hay que señalar que en la disputa de la postulación presidencial por el Partido de la Revolución Mexicana surge también en esos meses

¹⁵ Santos, *op. cit.*, p. 825.

¹⁶ Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, III-45, 10 al III-447-1; Embajada Americana, correspondencia durante el año de 1945 y III-451-7; Embajada en Estados Unidos, informes políticos suplementarios rendidos en el año de 1945.

la precandidatura del general Miguel Henríquez Guzmán. Este hombre tenía una amplia y reconocida trayectoria revolucionaria como militar y había colaborado muy de cerca, desde tiempo atrás, con el general Cárdenas en distintos cargos militares. Cuando Cárdenas llega a la presidencia, éste le encomienda el mando de las zonas militares más conflictivas, donde era necesario aplacar rebeldía y brotes de violencia. Así, lo manda a la 29a. Zona Militar en Tabasco a calmar los ánimos radicales que aún hervían como rezago del cacicazgo de Tomás Garrido Canabal; después lo envía a apaciguar brotes rebeldes en Nayarit y Durango; luego es designado comandante de la 12a. Zona Militar en San Luis Potosí, donde se encarga de las operaciones que acabarían con la rebelión cedillista. Cuando en 1939 el general Almazán deja el mando de la 7a. Zona Militar de Nuevo León para buscar la presidencia de la república, Henríquez es enviado a sustituirlo y a aplacar cualquier signo de almazanismo que hubiera en los mandos militares. Se le reconocía como un hombre de pensamiento revolucionario, muy identificado con las ideas de Cárdenas y con el agrarismo. Sin embargo, tenía también algunas manchas en su pasado militar y político. Primero, se le acusaba de haber nacido en Guatemala y no en México, cuestión que no fue debidamente refutada, pues nunca se mostró su acta de nacimiento.¹⁷ También se le imputaba haber participado, como miembro del Colegio Militar, en las tropas de Victoriano Huerta cuando el “cuartelazo” a Madero. Hay que hacer notar la importancia que en esos momentos se daba todavía al pasado revolucionario para poder aspirar a los altos cargos políticos; se exigía una hoja de servicios “limpia”, sobre todo si se quería aspirar a la presidencia de la república, cuestión difícil, si tomamos en cuenta los distintos vaivenes políticos y la alternancia de caudillos que tuvo el movimiento revolucionario. Pero además había algo que, aunque no era manejado públicamente, sí era conocido en los medios de la clase política, y era la gran fortuna que el general Henríquez había amasado junto con su hermano Jorge, por medio de contratos de construcción de carreteras durante el sexenio cardenista, asociados con Dámaso Cárdenas, hermano del presidente de la república.

La candidatura de Henríquez surge como una medida de los grupos cardenistas de la izquierda oficial para presionar al gobierno de Ávila Camacho a no optar por una solución reaccionaria en la sucesión presidencial. Es casi seguro que el presidente Cárdenas apoyó las acti-

¹⁷ Luis Medina, *Civilismo y modernización del autoritarismo*, p. 24.

¹⁸ Santos, *op. cit.*, p. 827.

¹⁹ Sobre este y otros datos biográficos del general Miguel Henríquez se consultó: Carlos Martínez Assad, *El henriquismo, una piedra en el camino*, p. 12-16.

vidades políticas que empezaron a perfilar a Henríquez como candidato. Sin embargo, es también muy probable que, al asegurarle el presidente Ávila Camacho que optaría por un candidato moderado y de unidad, Cárdenas dejó en el aire a los henriquistas y aceptó la postura de Ávila Camacho. No obstante, muchos grupos políticos, diputados, senadores e incluso gobernadores, simpatizaban con Henríquez Guzmán, con una idea de reavivar el cardenismo y reanudar la ruta revolucionaria interrumpida por la situación generada por la guerra. Pero las circunstancias nacionales e internacionales avizoraban que, más que reanudarse, la ruta revolucionaria amenazaba con bifurcarse.

Al acercarse el mes de junio se empieza a ver en la prensa una “guerra” de desplegados y adhesiones de distintos grupos políticos; unos —la mayoría— hacia Miguel Alemán y otros hacia Miguel Henríquez.²⁰ La candidatura de Rojo Gómez a esas alturas estaba ya casi descartada, y Padilla no había dicho nada en ese sentido todavía, pues estaba en San Francisco en la redacción de la Carta de las Naciones Unidas. Henríquez, por su parte, ya sin el apoyo de Cárdenas y con el ánimo civilista que permeaba en el ambiente, veía desvanecer sus posibilidades y sólo le quedaba, si quería seguir adelante, optar por una candidatura fuera del partido.

Coincidentemente en la prensa de esos días aparecen reportajes sobre el despotismo en el que vivían los países con gobiernos militares, especialmente Argentina, que era muy criticada entonces a raíz del golpe militar de 1943 que comandó Juan Domingo Perón.²¹ Los desplegados de apoyo a Alemán resaltaban generalmente como sus cualidades la de ser joven, civil, universitario y sin compromisos. Se empieza a rumorar por esas fechas también la renuncia del general Cárdenas a la Secretaría de la Defensa, de la cual se había hecho cargo por instrucciones de Ávila Camacho ante las presiones de Estados Unidos en el sentido de establecer bases y operaciones militares en territorio mexicano durante la guerra; el nombramiento de Cárdenas en dicha secretaría era una forma de garantizar la soberanía nacional. La posible renuncia de Cárdenas, que de rumor pasaría a materializarse tiempo después, evidentemente beneficiaba la candidatura de Alemán. Así, el camino estaba casi despejado para el veracruzano; sólo la presión, como ya mencionábamos, de los Estados Unidos, podía entorpecer su candidatura. Es entonces que el presidente Ávila Camacho va apresurando las cosas en relación con la postulación, pues se había anunciado oficialmente

²⁰ *Excélsior* y *El Universal*, mayo 25 a junio 3 de 1945.

²¹ *Excélsior*, junio 1-5 de 1945.

llevarla a cabo después de realizar una reforma en el PRM, y finalmente no ocurre así.

Los primeros brotes hacia la inminente postulación de Alemán surgen paradójicamente en el sector campesino; esto tenía un motivo político de fondo, desde luego, que era dar la imagen de que Alemán no era un candidato antiagrarista e intentar con ello aplacar a quienes así lo percibían. El entonces líder de la CNC, Gabriel Leyva Velázquez, empieza a “dar línea” a las distintas Ligas de Comunidades Agrarias para apoyar al secretario de Gobernación. Esto provoca un fuerte conflicto interno en la central, pues muchos líderes agrarios tenían, lógicamente, sus simpatías en Javier Rojo Gómez, que era un reconocido agrarista. Líderes de la importancia de Antonio Díaz Soto y Gama, Graciano Sánchez y León García no ven bien a Alemán y acusan a Leyva de estar apoyándolo sin consultar a las bases, cosa que era cierta.²² Hacia los primeros días de junio, Lombardo interrumpe por fin sus viajes y regresa a la ciudad de México para atender el problema de la sucesión. Se sabía que Lombardo había tenido ya entrevistas acerca de este punto con Cárdenas y Ávila Camacho, y también, según un periódico capitalino: “De buena fuente se sabe que Lombardo Toledano ha celebrado pláticas con los candidatos Alemán y Rojo Gómez, el objeto, se sabe, es sondear ¿Cuál de los dos garantiza mejor sus futuros planes? o bien ¿Cuál lo apoyará con más decisión para recobrar su mando en las filas cetemistas...”²³ El contenido de esas pláticas privadas no se supo públicamente, pero es muy seguro que Lombardo, como en otras ocasiones, buscara a cambio del apoyo de los obreros más peso político para la CTM y que se le asegurara que el candidato escogido llevaría un gobierno identificado con los principios revolucionarios.

En realidad, lo que a Lombardo preocupa, principalmente, es la unidad. Él habla con “su amigo” el presidente Ávila Camacho y acepta que Alemán es el hombre más indicado para garantizar la unidad nacional, primero, por su probada lealtad al presidente y porque, además, como secretario de Gobernación supo establecer fuertes nexos políticos en toda la república, y era bien visto por los jóvenes, pero también por los viejos revolucionarios como Cándido Aguilar y Gonzalo N. Santos, por ejemplo. Este último, entonces gobernador de San Luis Potosí, encabeza al “Bloque de Gobernadores” y hace labor política entre ellos para que apoyen a Alemán.²⁴ Pero también fue muy

²² *Ibidem* y *El Universal*, junio 2-7 de 1945.

²³ *Excelsior*, junio 5 de 1945.

importante el hecho de que Lombardo, en esos momentos, en su análisis teórico de la situación histórica de México, había concluido que la época de las reivindicaciones agrarias no podía prolongarse indefinidamente, y que era necesario renovar el programa de la Revolución y proponerse “como objetivo histórico inmediato la industrialización de México”.²⁵ Así se lo había hecho saber ya a los dirigentes de los sectores importantes del país desde 1944, y ahora, ante la sucesión, era seguro que en sus pláticas con Alemán ambos coincidieran totalmente en este punto, viendo además que los otros candidatos tenían todavía una visión agraria de los problemas del país.

Ya en abril de 1945, Lombardo había impulsado la firma de un “Pacto Obrero Industrial” entre la CTM y los distintos organismos patronales. En el texto del pacto se explicaba que su objetivo era “pugnar juntos por el logro de la plena autonomía económica de la Nación, por el desarrollo económico del país y la elevación de las condiciones materiales y culturales en que viven las masas trabajadoras”, y agregaban que con ello deseaban “renovar para la etapa de paz, la alianza patriótica que los mexicanos hemos creado y mantenido durante la guerra...”²⁶ Según Lombardo, él promovió esto con el fin de hacer posible la industrialización del país.²⁷ Así, la necesaria industrialización de México era una idea que flotaba en el ambiente, en mucho, instigada por Lombardo. Esto se ve claramente en el número que saca la revista *Futuro* (la revista de Lombardo) en esos tensos días de la lucha presidencialista. Dicho ejemplar contenía artículos como: “La revolución industrial en México”, de Alejandro Carrillo; “El desarrollo industrial de México”, de Rubén Machado; “Limitaciones de la industrialización en México”, de Moisés de la Peña, y “El porvenir de la seguridad social en México”, de Luis Madrazo Basauri. Además se publicaba especialmente el “Programa de la Revolución Mexicana en la Posguerra”, que era el plan aprobado por una Asamblea de los Sectores Revolucionarios de México convocada por Lombardo en septiembre de 1944, y que estaba compuesta por la CTM, la CNC, la CNOP y otras organizaciones sociales invitadas. En esa asamblea, Lombardo había planteado la necesidad de renovar el programa de la Revolución Mexicana y proponía la industrialización del país, “...el único camino para que México sea un país totalmente independiente”.²⁸ En dicho programa aparecían los mismos objetivos que exponía el Pacto Obrero

²⁴ *Ibidem* y Santos, *op. cit.*, p. 237.

²⁵ James Wilkie, *México en el siglo XX*, p. 237.

²⁶ Jorge Basurto, *Del alemanismo al avilacamachismo*, p. 76.

²⁷ Wilkie, *op. cit.*, p. 237.

Industrial de 1945, principalmente que:

Para lograr la plena autonomía económica y política de la Nación, es preciso transformar la naturaleza de las relaciones económicas que mantienen a México como un país dependiente de los grandes monopolios internacionales, en la categoría de zona de inversión de capital extranjero, de región productora de materias primas para el abastecimiento de las instalaciones fabriles de las potencias imperialistas, y de mercado para los artículos manufacturados en el exterior. Esta transformación... se consigue:

1. Condicionando las inversiones extranjeras, mediante la fijación de requisitos...
2. Condicionando las transacciones mercantiles mediante la fijación de... barreras y aranceles comerciales...
3. Fijando los tipos de cambio de la moneda nacional con las divisas extranjeras para lograr un beneficio equivalente en la balanza mercantil y de capitales.

[Para lograr la autonomía económica] es necesario también fundarla en el propio desarrollo económico de nuestro país que debe conseguirse mediante:

1. La Revolución técnica de la Agricultura...
2. La Revolución técnica de la Industria...
3. La transformación del sistema de Transportes y Comunicaciones...
4. La Reforma del sistema de Crédito.

...y este desarrollo económico debe tener como objetivo la elevación de las condiciones materiales y culturales de las grandes masas del pueblo:

1. Controlando el nivel de los precios mediante la eliminación de los especuladores y la intervención del Estado en la distribución.
2. Aumentando el poder adquisitivo individual mediante el pago de precios justos a los campesinos y salarios mejores a obreros, empleados y miembros del ejército.
3. Estableciendo y perfeccionando la legislación protectora de los trabajadores...
4. Mejorando los servicios sanitarios de asistencia social.
5. Incorporando a los grupos indígenas en la vida económica nacional...
6. Aumentando las oportunidades educativas.
7. Preparando a la juventud y garantizándole trabajo.
8. Ayudando a la clase media menos organizada dándole estímulos también, y leyes protectoras...²⁹

Después de hablar con Ávila Camacho y con Alemán, Lombardo convoca, en los primeros días de junio, a una serie de reuniones a puerta cerrada en la Universidad Obrera, a las que asisten los princi-

²⁸ Revista *Futuro*, mayo de 1945.

pales líderes de la CTM, CNC, FSTSE y del Partido Comunista Mexicano. En ellas, Lombardo les expone la conveniencia de apoyar a Miguel Alemán, y logra convencerlos.³⁰ Esto fue de gran importancia, pues, a partir de los acuerdos tomados en dichas reuniones, el presidente Ávila Camacho pudo dar ya el “banderazo” para la promulgación de la candidatura de Alemán. La intervención de Lombardo fue entonces muy importante para sacar adelante y sin problemas la candidatura alemanista. En busca ante todo de la unidad de los sectores progresistas del país, Lombardo logra involucrar a los distintos líderes de dichas organizaciones dentro de ese propósito unitario, y es de especial mérito haberlo logrado con el líder de la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE), Ruffo Figueroa, cuyos fuertes nexos políticos con Rojo Gómez eran sabidos en los medios políticos, así como también lograr el apoyo de la Federación de Trabajadores del Distrito Federal que, por obvias ligas con el entonces regente de la capital, se había comprometido con él. Merece destacarse la influencia que Lombardo tenía entonces sobre el PCM, al que “da instrucciones”³¹ para apoyar a Alemán. Dionisio Encina, entonces secretario general del Partido Comunista, siguiendo las directrices de Lombardo, anuncia dicha postura a los miembros de su partido, lo que ocasiona fuertes protestas que culminan en una nueva “purga” dentro de sus miembros.

El 2 de junio, Fidel Velázquez anunciaba que, para el día 5 de dicho mes, se llevaría a cabo un consejo extraordinario de su central, con el objeto de apoyar a su candidato a la presidencia. Así, ese 5 de junio de 1945, la CTM proclama a Miguel Alemán como su candidato a la primera magistratura. En dicho consejo se verifica una votación de delegaciones estatales para decidir a qué candidato se apoyaría, habiendo sido estos votos, desde luego, previamente consultados. Todas las delegaciones votan por Miguel Alemán con excepción de la de Hidalgo, que vota por Rojo Gómez, y la de Jalisco, que vota por Henríquez Guzmán, quien entonces era el jefe de Operaciones Militares en dicho estado. Hay que señalar que los mandos políticos de Jalisco apoyaron al general Henríquez hasta el final en esta lucha política, incluyendo al entonces gobernador, general Marcelino García Barragán, quien no se plegaría a la candidatura alemanista, aun cuando ésta era ya inminente. Al emitir su voto, el delegado por Jalisco expresó que estaban con Henríquez porque representaba al cardenismo.³²

²⁹ *Ibidem.*

³⁰ Medina, *op. cit.*, p. 29, y Wilkie, *op. cit.*, p. 242.

³¹ *Excelsior*, junio 2 de 1945.

La postulación de Alemán, no obstante, toma a algunos por sorpresa, sobre todo porque mostró precipitación. Sin embargo, esto fue obviamente premeditado y tuvo consecuencias positivas para el gobierno, principalmente por el descontrol que produjo en los grupos henriquistas y en los padillistas; estos últimos, todavía no manifiestos públicamente. A este descontrol contribuyó el hecho de que, en el momento de la postulación de Alemán, tanto Henríquez como Padilla se encontraban fuera de México, pero también —y esto quizá fue tomado en cuenta— se encontraba fuera de México, en Washington, el embajador Messersmith. El paradero de Henríquez era un misterio, pero era claro que a esas alturas ya había sido disuadido por el presidente y por el mismo Cárdenas de no aventurarse a una candidatura independiente, por lo que seguramente eran momentos difíciles para él, sobre todo en lo que se refería a enfrentar a sus partidarios, que mantenía en vilo, que no eran pocos y que, según se veía en la prensa y en la opinión pública, daban por un hecho su postulación.³²

El proyecto Alemán-Lombardo y su monólogo modernizador

Lo descrito anteriormente nos muestra con claridad que en la sucesión presidencial de 1945 se decidieron aspectos fundamentales que determinarían gran parte del futuro político y económico del país en lo que faltaba del siglo. Uno de estos aspectos y el que más se ha resaltado quizás es el del arribo al poder de civiles, particularmente de universitarios. Sin embargo, el aspecto que más me interesaría destacar es el de que en ese momento también se definió una nueva visión de lo que había sido la Revolución Mexicana, que sería finalmente la que prevalecería y la que serviría para justificar un modelo de desarrollo por el cual se encausaría al país hasta nuestros días.

Como ya lo mencioné, la visión cardenista de la revolución tuvo fuertes opositores dentro del grupo revolucionario, así como dentro de la sociedad en general. El gobierno concertador de Ávila Camacho y la circunstancia mundial obligaron a matizar y a atemperar dicha idea de revolución para buscar la conciliación nacional. El arribo de Alemán y su grupo de universitarios al poder daría un giro a esa visión cardenista para adaptarla a la realidad internacional del fin de la guerra, resaltando los aspectos democratizadores y liberales del movimiento revolucionario y planteando un modelo de desarrollo enfocado a la indus-

³² *Ibidem*, junio 6 de 1945.

³³ *El Universal*, junio 8 de 1945.

trialización.³⁴

Pienso en lo personal que, entre muchas de sus características, la principal peculiaridad del gobierno cardenista fue la de tratar de implantar un programa de desarrollo más adaptado al ser histórico de la nación. Es decir, Cárdenas tomó en cuenta al México tradicional para tratar de impulsarlo e intentar sacar de la marginación a sectores históricamente excluidos. Que lo haya conseguido o que la forma en que lo haya intentado fuera la adecuada es lo cuestionable; pero no hay duda que en él y en gran parte de sus colaboradores existió esa conciencia, la de saber que los errores cometidos por las distintas elites gobernantes que habían dirigido al país se debían, en mucho, a la indiferencia que habían tenido hacia ese México indígena, arraigado a la tierra y a valores culturales con orígenes en un tiempo inmemorial. Dentro del grupo de revolucionarios, a quienes compartían de alguna manera esta visión del país se les identificaba perfectamente; muchos investigadores han bautizado a este grupo como el de los “agraristas”. Eran, en cierto sentido, quienes poseían una concepción distinta a la del grupo sonorenses, que era el que finalmente había quedado como triunfador de la lucha revolucionaria. Una de las grandes interrogantes que creo quedan aún por descifrar, y que no es el propósito de este trabajo, es por qué Calles y sus allegados optaron por Cárdenas como candidato del PNR a la presidencia de la república, teniendo opciones mucho más seguras y afines a sus intereses.

No obstante, lo que estamos analizando aquí es el hecho de que, ya estando vigente la concepción cardenista de revolución y desarrollo, ésta, a su vez, sería transformada para que prevaleciera finalmente la alemanista. Muchos han querido ver en este hecho una reinstalación del modelo callista, pero creo que esto no es totalmente acertado. El alemanismo es algo novedoso en el sentido de que significa el arribo al poder del primer presidente que no participó en la lucha revolucionaria, y que representaba a una generación que se encargaría de gobernar conforme a la técnica, resultado de su preparación universitaria. El alemanismo abanderó la industrialización justificándola como sinónimo de juventud, modernización y progreso. En ese momento los sectores que pudieron haberse opuesto a la imposición de ese modelo eran precisamente los agraristas o los de la izquierda oficial, pero para entonces ambas corrientes iniciaban una aguda decadencia.

³⁴ En esa época, poco después de la transformación del PRM en el PRI, el líder de este partido, general Rodolfo Sánchez Taboada, establecería enérgicamente que la doctrina oficial del partido y del gobierno de Miguel Alemán era la de la “mexicanidad”, declarando así la erradicación de cualquier asomo de izquierdismo, socialismo o sovietismo dentro del gobierno. La izquierda oficial quedaría entonces aislada de la influencia política que logró tener durante varios años en el partido de la revolución. *Cfr. Historia documental del Partido de la Revolución*, t. V, p. 600-609.

La derrota de la concepción agrarista o cardenista de revolución estuvo ligada en gran medida a la derrota de la izquierda oficial como fuerza política dentro del grupo en el poder, pero no fue exactamente la misma. Este proceso tuvo, según veo, cuatro etapas. Las tres primeras marcan la derrota de la visión agraria que aún imperaba en la elite gobernante y la última marcaría la derrota de la izquierda oficial. La primera sucede cuando Cárdenas se ve obligado a conciliar intereses con los grupos conservadores y de derecha y nombra a Manuel Ávila Camacho como su sucesor; al mismo tiempo que la corriente encabezada por Francisco J. Múgica es derrotada dentro de la izquierda oficial por la corriente lombardista. Esta disputa entre izquierdas tenía una trama particular, en la que mucho tuvo que ver el trotskismo de Múgica y el stalinismo de Lombardo,³⁵ y también de manera importante la amistad desde la infancia entre Ávila Camacho y Lombardo, oriundos ambos de Teziutlán, Puebla. La segunda etapa que le asesta un duro golpe al agrarismo es la renuncia de Cárdenas a apoyar la candidatura del general Henríquez Guzmán en la sucesión de 1945, con tal de mantener la unidad del grupo revolucionario y preservar la institucionalidad. El tercer golpe, el cual concibo como particularmente trascendente, fue la propia transformación de pensamiento de Lombardo Toledano, de una visión agrarista-cardenista del desarrollo del país hacia una industrial-stalinista. Cuando Lombardo y Alemán coinciden en que la industrialización a toda costa es el imperativo impostergable para el país es cuando se marca realmente el destino de nuestro modelo de desarrollo. Lombardo era el “centinela” de los intereses de la izquierda oficial; su apoyo a la candidatura alemanista, como ya lo hemos visto, fue fundamental para que ésta se lograra y es obvio que no lo había hecho gratuitamente. Lombardo pretendía que los intereses de los grupos obreros y campesinos fueran tomados en cuenta por el nuevo gobierno, que la línea revolucionaria cardenista continuara presente dentro del rumbo del Estado mexicano, en resumen, que la izquierda oficial siguiera teniendo influencia dentro del poder.

Pero cuando Lombardo decide que, después de la guerra y del renaciente poderío de los Estados Unidos, el único camino para salvaguardar la independencia y la soberanía nacional era la industrialización acelerada, estaba dando el tiro de gracia a aquella visión de la revolución y del desarrollo que había tomado en cuenta al México tradicional.

³⁵ Una de las disputas principales que determinaron el enfrentamiento entre estas dos corrientes de la izquierda oficial fue la decisión de aceptar como asilado político a León Trotzky, idea que fue promovida y apoyada por el general Francisco J. Múgica y aprobada finalmente por Cárdenas, pero que fue enérgicamente rechazada por Lombardo debido a sus íntimas y conoci-

El último y cuarto paso que puso fin ya no a la visión agrarista de la Revolución, sino a la influencia de la izquierda oficial en el gobierno, fue la exclusión del propio Vicente Lombardo Toledano, tanto del PRI como de la CTM. Esta última etapa que ponía fin al protagonismo de la izquierda revolucionaria aconteció a mediados de 1947.³⁶ Hay que reconocer que en mucho tuvo que ver la falta de oportunidad, o quizás, algo de ingenuidad por parte de Lombardo al pretender crear un nuevo partido político de izquierda —que según lo reiteraba constantemente, “no sería de oposición”—³⁷ cuando la paranoia anticomunista comenzaba a invadir al mundo occidental, especialmente a los Estados Unidos. México como vecino geográficamente encadenado a la influencia norteamericana sería de los primeros países en contagiarse de esa fiebre anticomunista. Esta circunstancia internacional fue el telón de fondo; en lo interno, dicho antiizquierdismo coincidía con la nueva visión “liberal” del gobierno alemanista y, más aún, con los grupos amafiados que empezaban a crearse dentro de la dirigencia de la CTM, encabezada entonces por Fernando Amilpa, y que ya empezaban a ver a Lombardo como un estorbo para sus intereses. Como ya lo mencioné, si a este escenario agregamos la pretensión de Lombardo de formar el Partido Popular y además de intentar “jalar” a la CTM a ese partido, entenderemos por qué finalmente Alemán y su grupo optarían por decidir alejarlo de su ingerencia en el gobierno, y también por qué Fidel Velázquez, Fernando Amilpa y compañía se prestarían a ser dóciles instrumentos del gobierno y terminarían expulsando a Lombardo de la CTM.

A partir de entonces, Miguel Alemán se treparía a la estructura presidencialista antidemocrática que había construido Cárdenas, pero utilizando ésta para impulsar su proyecto modernizador, mediante mecanismos autoritarios que serían una fiel muestra del fenómeno de “unanimidad por la fuerza” que ha caracterizado a todos los gobiernos surgidos de revoluciones. El alemanismo impuso su visión del desarrollo desde arriba, sin tomar en cuenta la perspectiva y el sentimiento de ese México tradicional, histórico e inmemorial que el cardenismo intentó sacar a flote.

La enfermedad del desarrollismo la tuvieron entonces tanto la derecha como la izquierda revolucionarias. Teniendo quizá orígenes

das relaciones con el gobierno stalinista. *Cfr.* Arturo Anguiano *et al.*, *Cárdenas y la izquierda mexicana*, p. 155.

³⁶ Para una descripción más completa y detallada de la evolución del pensamiento de Vicente Lombardo Toledano y Miguel Alemán y del enfrentamiento ideológico y político que tuvieron en 1947, *cfr.* Luis Bernal Tavares, *Vicente Lombardo Toledano y Miguel Alemán: una bifurcación de la Revolución Mexicana*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1994.

³⁷ *Cfr.* Michel Löwy, *El marxismo en América Latina*, p. 161.

e influencias distintas, tanto Alemán como Lombardo, representantes de ambas corrientes, apostaron a un desarrollo industrial impostergable, inevitable, apresurado y por lo tanto atropellado. La industrialización pretendida por Lombardo tenía como referencia los planes quinquenales stalinistas que habían logrado convertir a un país casi feudal en uno industrial en relativamente poco tiempo. Parece ser que los costos sociales y humanos de ese proceso, la violencia y la represión que éste implicó, o no preocuparon a Lombardo o, pienso yo, más bien, no los percibió, cegado por un dogmatismo casi de características místicas que lo hizo concebir a la Unión Soviética como el paraíso al que tendría que arribar tarde o temprano toda la humanidad. Para Alemán, por el contrario, era el contexto internacional y el nuevo orden mundial surgido de la posguerra, en donde EUA se convertía en el gran triunfador, lo que imponía ese camino.

Ambas visiones, tanto la de la izquierda como la de la derecha revolucionarias, coincidieron también, infortunadamente, en otro aspecto: su gran temor y desconfianza hacia la democracia como forma de gobierno. Cárdenas y Lombardo siempre vieron al pueblo como un menor de edad del que el Estado poseía la *patria potestad*, un pueblo al que habría que orientar, que educar, incluso que consentir y, claro, también en su momento, que hacer obedecer. Ésta era obviamente una visión paternalista del gobierno; el problema es que diseñaron y construyeron esta estructura paternalista de mando pensando en que se podría garantizar siempre la existencia de padres responsables y considerados, y no que esa misma estructura podría ser también utilizada por padres insensibles, egocéntricos o arbitrarios.

Sin embargo, hasta principios de los años cuarenta ese padre generoso que pretendía ser el Estado mexicano todavía consideraba fundamental incorporar a sus hijos más desprotegidos en su proyecto histórico; cuando Lombardo y Alemán apuestan en conjunto por una industrialización impuesta desde arriba, estaban abandonando a las criaturas más desvalidas de la nación, pensando que éstas, finalmente, por la inercia del progreso acabarían incorporándose por la fuerza a la modernidad. Desde ese momento, los gobiernos postrevolucionarios volverían a caer en el sempiterno error de sus antecesores, es decir, querer prescindir del México esencial, del México profundo que abreva de los afluentes que tienen su origen en el océano histórico de la época colonial.

En el futuro, los gobiernos postalemanistas asumirían una retóri-

ca similar a la del cardenismo; manejarían siempre en sus expresiones públicas el discurso de la idea de revolución que Cárdenas y Lombardo abanderaron en los años treinta, pues ésta era la moralmente redituable. Sin embargo, en los hechos, el Estado mexicano seguiría actuando conforme al proyecto de nación que el alemanismo hubo de implantar. Por ello, en la actualidad, la nación mexicana que sigue debatiéndose en el dilema histórico de su ingreso a la modernidad sigue también debatiéndose en el conflicto original de su dualidad ontológica. Es decir, cada vez es más evidente la persistencia de los dos Méxicos: el moderno y el tradicional; y cada vez, y esto es lo preocupante, se agranda más la brecha que los separa.

Creo importante señalar un hecho que parecía prometedor en cuanto a la elaboración del programa alemanista de industrialización. Como eje central de la campaña de Miguel Alemán se efectuó una serie de “Conferencias de Mesa Redonda”³⁸ que fueron en realidad el primer intento de otorgar gran importancia a la ciencia y a la técnica para la resolución de los problemas nacionales. En el proyecto de modernización Alemán-Lombardo, éstas tenían un papel fundamental, especialmente porque una de las principales banderas del alemanismo era proclamarse como un gobierno de universitarios. La idea era positiva, puesto que se perseguía que las reuniones abordaran problemas de carácter técnico y no político, enfocados especialmente a los aspectos de la producción y la distribución, y que éstas se desarrollaran en las regiones mismas donde las problemáticas tenían lugar. Se invitó así a personas, “independientemente de su postura política”, para que aportaran sus conocimientos, desde académicos, hasta empresarios y trabajadores. Pero esto que podía haberse convertido en un mecanismo útil y promisorio para lograr una modernización no autoritaria tuvo a mi parecer dos grandes problemas. Primero, que la tradicional estructura corporativa de la sociedad mexicana, reavivada por los gobiernos postrevolucionarios, hizo que a estas mesas asistieran “representantes” o “líderes” de los distintos grupos, ya fuera empresariales, obreros, campesinos o académicos, y que por tanto no se pudiera escuchar la voz de los verdaderamente involucrados en los problemas; esto hacía que, aun con el carácter apolítico que se le quiso dar a las reuniones, muchas veces prevalecieran los intereses inmediatos de los representantes más que los de los representados. Y también el hecho de que esta práctica, que quizá con el tiempo y con buena fe se hubiera ido arraigando y perfeccionando, se quedó sólo en un ejercicio de campaña y ya no de gobierno. La coordinación de estas mesas estaba a cargo de un prestigiado intelectual lombardista, Manuel Germán Pa-

rra, lo que reflejaba claramente la efímera “luna de miel” que vivieron la izquierda oficial y el alemanismo en los inicios de esta modernización de la posguerra. El arquetipo lombardista, como ya se dijo, era la industrialización autoritaria que el stalinismo estaba llevando a cabo en la URSS. Por otro lado, para el alemanismo, su marco de referencia sólo podía ser el del autoritarismo prohijado por los gobiernos postrevolucionarios.

La breve euforia democrática que se vivió al triunfo militar de los Aliados y que comenzó a repercutir en México, dada la fuerte influencia de los EUA en la política mexicana, se evaporó con el surgimiento de la “guerra fría”, ya que para nuestros vecinos del norte se hizo más prioritario promover gobiernos anticomunistas y evitar la influencia soviética en Latinoamérica, que propiciar la instauración de gobiernos democráticos. Desde el alemanismo, los regímenes priístas le ofrecieron esa garantía a los norteamericanos; la expulsión de Lombardo, principal representante de la izquierda y del soviétismo dentro del gobierno, formó parte de esa garantía.

A partir de entonces, la modernización alemanista, carente ya de por sí de diques democráticos, se deshizo a su vez de cualquier lastre ideológico que pudiera ligarla con los intereses del México marginal. Así, el grupo gobernante, sin límites y sin controles, fue indigestándose de poder, y, como consecuencia, la corrupción se desbocó, creciendo de manera directamente proporcional al aumento de ese poder. El gobierno encarnado en la presidencia de la república pasó del diálogo simulado al monólogo abierto, se volvió sordo ante cualquier otra voz que no fuera la suya, y, cuando escuchó, fue sólo para oír loas y adulaciones. El presidente Alemán era nombrado “el primer obrero del país”, “el primer abogado de México”, “el primer universitario”, “el gran constructor”; se le hizo miembro de la Academia de la Lengua,³⁹ etcétera..., al mejor estilo del culto a la personalidad de los regímenes totalitarios. De esta manera, la modernización de la posguerra se volvió unívoca y, por tanto, equívoca.

Como consecuencia del proyecto Alemán-Lombardo se abrió la etapa del desarrollo estabilizador que por un tiempo prometió prosperidad para todos; México se urbanizó, en algunas ramas se industrializó, logró un crecimiento económico sostenido, pero este impulso modernizador no logró sacar adelante al México marginal: éste quedó aletargado y como mudo testigo de una prosperidad mal repartida.

El monólogo gubernamental sería desenmascarado trágicamente

³⁸ Cfr. Manuel Germán Parra (comp.), *Conferencias de mesa redonda, 27 de agosto de 1945 a 17 de junio de 1946*.

en 1968, cuando el gobierno fue incapaz de escuchar otras voces, y, al intentar obligar a todos a escuchar la suya, derramaría sangre. El proyecto económico surgido de la industrialización alemanista hizo crisis en los años setenta. El desarrollo compartido prometido a partir de entonces por los gobiernos de Echeverría y López Portillo no logró sus objetivos; en lugar de que la mayor intervención estatal en la economía redundara en un abatimiento de la pobreza, acabó desembocando en un incremento de la corrupción y en fuertes y cíclicas crisis económicas con devaluaciones, inflación galopante y recesión. Pero hubo un aspecto que no se intentó cambiar: la democracia seguiría siendo una ausencia obligada.

La supuesta idea de que mantener el sistema político era sinónimo de estabilidad terminó convirtiéndose en un incuestionable argumento que sólo serviría para permitir la prolongación en el poder de un grupo que antepuso sus propios intereses al interés general. A la clase política que monopolizó el poder le hizo falta quien la limitara, quien la vigilara y quien le exigiera cuentas: eso sólo lo podía dar la democracia; también le hizo falta honestidad y sensatez, y eso sólo lo da el sentido común y una concepción ética de la existencia, cualidades desafortunadamente escasas en nuestros gobernantes.

Llegó entonces otro impulso modernizador que intentó imponerse nuevamente como algo impostergable e inevitable, y aplicándose asimismo de manera apresurada y atropellada. La modernización salinista se preparó también a la estructura presidencialista antidemocrática construida por el Estado mexicano, utilizando ésta para impulsar su proyecto modernizador, igualmente, mediante mecanismos autoritarios que serían también una fiel muestra del fenómeno de unanimidad obligada “que ha caracterizado a todos los gobiernos surgidos de revoluciones”. El salinismo, al igual que el alemanismo, impuso su visión del desarrollo desde arriba, sin tomar en cuenta la perspectiva y el sentimiento de ese México tradicional, histórico e inmemorial que hunde sus raíces en el periodo de la Colonia.

Como si no existiera la experiencia histórica, se repitió un nuevo proyecto modernizador superpuesto y excluyente, pensando que por la inercia del progreso los sectores marginados acabarían siendo incorporados final e inevitablemente a la modernidad.

Un símbolo de lo equívoco de ese último proyecto fue la rebelión de Chiapas, rebelión de indígenas, quienes han sido históricamente excluidos de los impulsos modernizadores pre y postrevolucionarios. Por contradictorio que parezca, otro fenómeno reciente nos habla tam-

³⁹ Miguel Alemán, *Remembranzas y testimonios*, p. 147.

bién de la vitalidad de otro México que quiso ser obviado por los gobiernos postrevolucionarios: el México católico. La cada vez mayor fuerza electoral del Partido Acción Nacional es otra manifestación simbólica de ello.

Ojalá y en el próximo impulso modernizador que surja se tome en cuenta a todos los Méxicos, a los otros Méxicos que siempre han estado ahí, pero que nuestras elites gobernantes muchas veces no han querido o no han sabido ver. Ojalá que, por fin, se sea consciente de que sin formas democráticas de vida será imposible el acceso a la modernidad. Ojalá que la pregunta “¿qué hacemos con los pobres?” se convierta cada vez más en la firme convicción de que a ningún sitio podrá llegar la nación sin ellos.

FUENTES CONSULTADAS

PERIÓDICOS

Combate
Excélsior
El Universal

REVISTAS

Futuro

LIBROS

ALEMÁN, Miguel, *Remembranzas y testimonios*, México, Editorial Grijalbo, 1987.

ANGUIANO, Arturo, *et al.*, *Cárdenas y la izquierda mexicana*, México, Juan Pablos Editores, 1975.

BASURTO, Jorge, *Del avilacamachismo al alemanismo*, en *Historia de la clase obrera en México*, México, Siglo XXI Editores, 1984, v. 11.

FONTAINE, André, *Historia de la Guerra Fría*, Barcelona, Caralt Editores, 1970.

Historia documental del Partido de la Revolución, México, Partido Revolucionario Institucional-ICAP, 1982, v. V.

Javier Rojo Gómez, México, Partido Revolucionario Institucional-ICAP, 1985 (Serie Semblanzas y Perfiles Ideológicos de la Revolución Mexicana).

LÖWY, Michel, *El marxismo en América Latina*, México, Editorial Era, 1982.

- MARTÍNEZ ASSAD, Carlos, *El henriquismo, una piedra en el camino*, México, Martín Casillas Editores, 1982.
- MEDINA, Luis, *Civilismo y modernización del autoritarismo*, en *Historia de la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México, 1982, v. 20.
- PARRA, Manuel Germán (comp.), *Conferencias de mesa redonda. Presididas durante su campaña electoral por el Lic. Miguel Alemán*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1949.
- SANTOS, Gonzalo N., *Memorias*, México, Editorial Grijalbo, 1986.
- THOMAS, Hugh, *Paz armada*, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1988.
- WILKIE, James y Edna, *México en el siglo XX: entrevistas con Vicente Lombardo Toledano*, México, Partido Popular Socialista, 1982.